

Cuerpo de Cristo. Alabado sea el Señor por la revelación, la visión panorámica, del Cuerpo de Cristo en Efesios.—J. L.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO

### El Cuerpo de Cristo en Efesios

(2)

#### La edificación del Cuerpo de Cristo se lleva a cabo en nuestro espíritu mezclado (Mensaje 7)

Lectura bíblica: Ef. 1:17; 2:22; 3:5, 16; 4:23; 5:18; 6:18

- I. Efesios revela que la edificación del Cuerpo de Cristo se lleva a cabo absolutamente en nuestro espíritu mezclado, el cual consiste del Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano y se ha mezclado con él, formando así un solo espíritu—1:17; 2:22; 3:5, 16; 4:23; 5:18; 6:18.
- II. Necesitamos un espíritu de revelación, un espíritu que ve, a fin de que veamos el Cuerpo; siempre que nos volvemos a nuestro espíritu y lo ejercitamos, tocamos el Cuerpo, pues el Cuerpo está en nuestro espíritu—1:17; cfr. Ap. 1:10, 12; 21:10:
  - A. A fin de crecer en vida, ser partícipes de la realidad del Cuerpo de Cristo y disfrutar de la impartición divina de la Trinidad Divina, tenemos que atender al hablar y al obrar del Espíritu —el Espíritu que nos santifica, nos sella y es las arras de nuestra herencia— en nuestro espíritu—Ef. 1:3-4, 13-14; 4:30; Jn. 4:24; Ro. 8:4, 6.
  - B. Para conocer la economía de Dios, recibir la impartición de Dios y participar en la transmisión del Cristo que es el poder que resucita, asciende, todo lo trasciende y reúne todo bajo una cabeza —poder que es transmitido “a” la iglesia— es indispensable que conozcamos nuestro espíritu, lo usemos y lo ejercitemos—Ef. 1:19-23; 3:20; Fil. 4:13, 23; cfr. Ap. 4:3.
- III. Somos “juntamente edificados para morada de Dios en el espíritu”—Ef. 2:22:
  - A. Debido a que nuestro espíritu es la morada de Dios, la casa de Dios, éste es también la Bet-el de hoy, la puerta del cielo; en nuestro espíritu mora Cristo como nuestra escalera, la cual

nos une a los cielos y trae los cielos a nuestro ser, ministrándonos la vida, la gracia, la autoridad y el poder celestiales a fin de brindarnos el sustento necesario para que llevemos una vida celestial en la tierra—Gn. 28:12-17; Jn. 1:51; Col. 3:1-2; Ro. 8:10, 34; Ef. 2:6.

- B. Nuestro espíritu es donde la edificación de la iglesia se lleva a cabo; siempre que estemos fuera de nuestro espíritu, estaremos divididos y seremos divisivos e individualistas; si permanecemos en el Espíritu vivificante que está en nuestro espíritu, guardaremos la unidad del Espíritu para la edificación del único Cuerpo—Jn. 4:24; Ef. 4:3-4a.
- IV. Tenemos que orar pidiendo “ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu”, para que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón; nuestro hombre interior es nuestro espíritu regenerado, el cual posee la vida de Dios como su vida, y nuestro corazón está compuesto de todas las partes de nuestra alma —la mente, la parte emotiva y la voluntad— más nuestra conciencia, la parte principal de nuestro espíritu—3:16-17a:
- A. El libro de Efesios constituye el corazón de la Biblia, y el corazón y la clave de este libro es 3:16-19; estos versículos nos revelan que la clave para la edificación del Cuerpo de Cristo es la experiencia interna que tenemos de Cristo como vida.
- B. Cuando somos fortalecidos en nuestro hombre interior por medio de nuestra oración, Cristo hace Su hogar en nuestros corazones, regulando todo nuestro ser así como abasteciendo y fortaleciendo consigo mismo todas las partes del mismo—v. 17a.
- C. Ser fortalecidos con poder en nuestro hombre interior hace que seamos plenamente capaces de comprender con todos los santos las dimensiones ilimitadas de Cristo, esto es, la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, a fin de que experimentemos a Cristo como el “cubo” universal de manera tridimensional para que seamos equilibrados por el Cuerpo y seamos mantenidos y consolidados en el “cubo” de nuestro espíritu, la iglesia y la Nueva Jerusalén como la realidad del Lugar Santísimo—v. 18; Éx. 26:2-8; 1 R. 6:20; Ap. 21:16.
- D. El resultado de esto es que conoceremos el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para ser llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios; le recibimos a Él como gracia

sobre gracia a fin de ser llenos de Sus riquezas y llegar a ser la plena expresión de Dios para Su gloria en la iglesia—Jn. 1:16; Ef. 3:18-21.

- V. Tenemos que ser renovados en el espíritu de nuestra mente, permitiendo que nuestro espíritu mezclado se extienda a nuestra mente de tal modo que nuestra mente esté gobernada, poseída, ocupada, conquistada, controlada y subyugada por nuestro espíritu mezclado—4:23:
- A. Ser renovados en el espíritu de nuestra mente es deshacerse de todos los viejos conceptos concernientes a los asuntos de la vida humana y ser hechos nuevos mediante la enseñanza de las Santas Escrituras y la iluminación del Espíritu Santo—Lc. 24:45; Ef. 1:18; Sal. 119:18.
- B. Para ser renovados en nuestra mente tenemos que fijar nuestra mente en el espíritu, atendiendo a nuestro espíritu a fin de ser dominados, gobernados, guiados, controlados y dirigidos por nuestro espíritu mezclado para ser los prisioneros de Cristo en Su procesión triunfal—Ro. 8:6; 1 Co. 2:15; 2 Co. 2:13-14.
- VI. Tenemos que ser llenos en nuestro espíritu con Cristo, quien es el Espíritu, hasta la medida de toda la plenitud de Dios—Ef. 5:18; 3:19:
- A. Embriagarnos al ser llenos de vino en nuestro cuerpo trae disolución, pero ser llenos en el espíritu hace que rebosemos de Cristo al hablar, cantar, salmodiar, dar gracias a Dios y estar sujetos los unos a los otros—5:18-21.
- B. Ser llenos en espíritu tiene como fruto que las relaciones que tengamos con otros no sólo sean éticas sino que estén llenas del espíritu, a fin de que el Cuerpo sea expresado en la vida de iglesia normal; tanto la vida diaria como la vida familiar apropiadas son fruto de ser llenos en espíritu—5:22—6:9.
- VII. Tenemos que recibir la palabra de Dios con toda oración, “orando en todo tiempo en el espíritu”—vs. 17-18:
- A. Cuando ejercitamos nuestro espíritu para orar con respecto a la palabra de Dios y con ella, Su palabra como Espíritu santificador nos embellece a fin de que seamos Su novia, lavándonos por el lavamiento del agua en la palabra para hacernos la iglesia gloriosa de Cristo—5:26-27.
- B. Al orar en el espíritu, nos revestimos del Cristo que es toda la

armadura de Dios, y nuestro combate espiritual se convierte en nuestro disfrute de Cristo a medida que Él prepara mesa delante de nosotros en presencia de nuestros adversarios para que celebremos banquete ingiriéndolo a Él y Sus riquezas—6:10-11, 18; Sal. 23:5.

- C. Cuando ejercitamos nuestro espíritu para orar con respecto a la palabra de Dios y con ella, Su palabra aniquila al adversario que está en nuestro ser, matando todo elemento negativo en nuestro interior, tal como el odio, los celos, el orgullo y las dudas; a medida que oremos-leamos la palabra, con el tiempo el yo, el peor enemigo de todos así como el enemigo del Cuerpo, será puesto a muerte, y Cristo será victorioso en todo nuestro ser en Su victoria en el Cuerpo—Ef. 6:17-18.
- VIII. Acudimos al Señor dependiendo de Su misericordia para siempre atender a nuestro espíritu mezclado y al Cuerpo; permanecer en nuestro espíritu y en la unidad única del Cuerpo es ser guardados en el recobro del Señor—Jn. 4:24; Ef. 4:3-4a.

## MENSAJE SIETE

### EL CUERPO DE CRISTO EN EFESIOS

(2)

#### LA EDIFICACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO SE LLEVA A CABO EN NUESTRO ESPÍRITU MEZCLADO

En el libro *Las dos oraciones más grandes del apóstol Pablo*, el hermano Lee usa tres adjetivos para describir el libro de Efesios: *hondo, elevado y profundo* (pág. 7). Quizás hayamos leído el libro de Efesios anteriormente, pero es menester leerlo nuevamente con frescura y verlo como un libro que es hondo, elevado y profundo. El tema del libro de Efesios es la iglesia. No obstante, sólo cuando comprendamos cuán hondo, elevado y profundo es este libro, podremos comprender cuán honda, elevada y profunda es la iglesia. Sin esta comprensión, quizás consideremos que la iglesia es superficial; pero la iglesia no es superficial. La iglesia, el Cuerpo de Cristo, es honda, elevada y profunda.

#### DOS MANERAS DE LEER LA BIBLIA

Podemos leer la Biblia de dos maneras diferentes. Muchas personas consideran que las cosas de las cuales habla Efesios son simplemente figuras retóricas, o sea, tropos. Efesios 1:22-23 dice que la iglesia es el Cuerpo de Cristo; sin embargo, algunos piensan que la iglesia sólo es *semejante* al Cuerpo de Cristo. Esto es como decir que un automóvil es semejante al cuerpo humano. De hecho, un automóvil no es un cuerpo humano; por tanto, dicha afirmación es una figura retórica, una metáfora. La Biblia contiene figuras retóricas en ciertos pasajes; no obstante, el libro de Efesios no usa figuras retóricas al hablar acerca del Cuerpo de Cristo. Efesios revela algo que es real, hondo y profundo. A pesar de que el libro de Efesios no habla de cosas materiales y físicas, eso no significa que su contenido sea figuras retóricas. La iglesia no es meramente un grupo de creyentes a quienes se les llama *el Cuerpo*; más bien, en el universo existe una entidad que es, de hecho, el Cuerpo de Cristo. El Cuerpo de Cristo no es una figura retórica, sino una realidad.

Es un error negar aquello que no sentimos ni vemos, alegando que

tales cosas son meramente figuras retóricas. Algunas personas rechazan los libros de Génesis y Apocalipsis diciendo: “Puesto que no puedo ver o experimentar tales cosas, ellas deben ser meras figuras retóricas”. Algunas personas consideran que Apocalipsis es un libro lleno de figuras retóricas, pero esa no es la manera en que nosotros vemos este libro. El contenido del libro de Apocalipsis es lo que Juan realmente vio en su espíritu. Existe una gran diferencia entre estas dos perspectivas. La palabra *revelación* significa “quitar el velo”, lo cual indica que existe algo real que está escondido detrás de un velo. No se trata necesariamente de algo material, pero sí de algo que es real. Originalmente esa cosa estaba escondida, pero por revelación el velo fue quitado; luego, podemos ver aquello que estaba escondido.

Existen cuatro pasajes en Apocalipsis que hablan de lo que Juan vio “en el espíritu”. Primero, Apocalipsis 1:10 y 12 dicen: “Yo estaba en el espíritu en el día del Señor, y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta ... Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro”. Juan estaba en el espíritu y vio siete candeleros de oro. *Siete candeleros de oro* no es una figura retórica o metáfora que Juan usa, sino lo que Juan realmente vio. Segundo, Apocalipsis 4:2 dice: “Y al instante yo estaba en el espíritu; y he aquí, un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado”. Juan, al estar en el espíritu, pudo ver el trono. Tercero, en Apocalipsis 17:3 y 5 dice: “Me llevó en espíritu a un desierto; y vi a una mujer ... y en su frente un nombre escrito: MISTERIO, BABILONIA LA GRANDE”. Juan, al estar en su espíritu, pudo ver la gran Babilonia. Babilonia la Grande no es meramente una metáfora, sino lo que Juan vio. Finalmente, en Apocalipsis 21:10 dice: “Me llevó en espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios”. Juan fue llevado en el espíritu a un monte grande y alto, y pudo ver la Nueva Jerusalén. En estas cuatro ocasiones, Juan pudo ver cuatro cosas reales. La única manera en que podemos ver estas cosas es al estar en el espíritu.

Podemos usar Números 13 como ejemplo para mostrar la diferencia que existe entre ver algo al estar en el espíritu y ver meramente una figura retórica. Moisés envió a doce hombres para que espieran la tierra de Canaán. Cuando regresaron, trajeron consigo “un sarmiento con un racimo de uvas, el cual trajeron dos en un palo” (v. 23). Muchas personas consideran que este pasaje sobre las uvas es una mera figura, porque nunca han visto uvas tan grandes. Quizás digan: “No es posible

hallar un racimo de uvas tan grande que deba ser cargado por dos hombres; por tanto, este versículo debe ser una figura retórica acerca de unas uvas maravillosas”. Sin embargo, esa no es la manera en que nosotros interpretamos este versículo. Los espías literalmente encontraron un racimo de uvas tan grande que se necesitaban dos personas para cargarlo. Quizás algunas personas pregunten: “¿Cómo llegaron a tal interpretación? Yo no siento que sea así, ni tampoco lo veo”. Nosotros tampoco hemos visto el racimo de uvas, pero creemos en la Biblia y creemos, literalmente, que tales uvas existieron. El Cuerpo de Cristo no es una figura retórica, sino el “racimo de uvas”. Cuando estamos en el espíritu, podemos ver este gran racimo de uvas. Pero si no estamos en el espíritu, no lo vemos. No podemos ver estas cosas con nuestros ojos físicos, debido a que no se hallan en la esfera física. Tenemos que ejercitar nuestro espíritu mezclado.

**EL ESPÍRITU MEZCLADO  
ES LA LLAVE QUE NOS DA ACCESO  
AL UNIVERSO DEL LIBRO DE EFESIOS**

En el mensaje anterior vimos una visión panorámica de los seis capítulos del libro de Efesios. En este mensaje veremos la llave que nos da acceso al contenido del libro de Efesios y nos lleva a experimentarlo. Esta llave, o clave, es el espíritu mezclado. El espíritu mezclado es un espíritu unido (1 Co. 6:17).

El espíritu humano es un gran descubrimiento. Agradecemos al Señor por este ministerio, el cual ha descubierto muchas cosas maravillosas en la Biblia. En un mensaje posterior veremos un gran descubrimiento hecho por Pablo: la ley del Espíritu de vida. Este ministerio nos presenta tales descubrimientos. Los descubrimientos que este ministerio nos presenta son mayores que los descubrimientos de Galileo o Einstein, pues son los descubrimientos más importantes del universo. No se trata simplemente de leyes que gobiernan el universo físico; más bien, son la estructura misma del universo. En nuestro espíritu se nos está dando a conocer la voluntad de Dios, Su propósito, Su beneplácito, Su misterio y Su economía (Ef. 1:5, 9-10). El espíritu mezclado es la puerta de entrada al mundo de la realidad divina. Cuando no estamos en nuestro espíritu, estas cosas no son reales para nosotros, sino que son meramente figuras retóricas.

Nuestro espíritu es maravilloso. El espíritu humano es un ítem principal en el recobro del Señor. En Zacarías 12:1 dice: “Jehová, que

extiende los cielos y funda la tierra, y forma el espíritu del hombre dentro de él, ha dicho”. El versículo no dice: “Que extiende los cielos y funda la tierra, y forma *la mente* del hombre dentro de él”. Tampoco nos habla del corazón del hombre. Para Dios, la mente y el corazón no son las cosas más preciosas; más bien, este versículo habla acerca de Aquel que extendió los cielos, fundó la tierra y formó *nuestro espíritu*. Si no tuviéramos un espíritu humano, no valdríamos nada; seríamos iguales a los animales. Somos diferentes de los animales debido a que tenemos un espíritu humano. Lamentablemente, la mayoría de las personas, incluyendo a los cristianos, no conocen su espíritu humano. El hombre es tripartito (1 Ts. 5:23; He. 4:12); dentro del cuerpo está el alma, y dentro del alma está la parte más profunda, esto es, el espíritu. Proverbios 20:27 dice: “Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre, / La cual escudriña lo más profundo de su ser”.

No solo tenemos un espíritu humano, sino también el Espíritu divino. El Espíritu divino es el propio Dios Triuno procesado. Hoy, Dios ya no es Dios “a solas”. Él se encarnó, vivió en la tierra durante treinta y tres años y medio, y luego murió y resucitó. En Su resurrección, Él llegó a ser el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). El Espíritu vivificante no es meramente poder o gracia, sino el propio Dios Triuno que entra en nosotros con todo Su ser así como con todo lo que Él ha obtenido y logrado. Efesios 3:16 usa la expresión *en el hombre interior*. El Espíritu entra *en* nuestro hombre interior. El Espíritu es como una “bomba para búnkeres”, que penetra profundamente en nuestro ser y entra en nuestro espíritu humano; al hacerlo, se produce una fusión entre estos dos espíritus —el Espíritu divino y el espíritu humano— formando así el espíritu unido. Cuando invocamos el nombre del Señor, es como si se desatara una “explosión nuclear”, debido a que el Espíritu divino se une y se mezcla con nuestro espíritu humano.

El espíritu mezclado es la llave que nos da acceso al “universo” del libro de Efesios. Éste no es el universo físico, sino el universo de la economía de Dios. El universo de la economía de Dios es tan vasto que no es posible medir sus dimensiones. Sus dimensiones son “la anchura, la longitud, la altura y la profundidad”, es decir, las dimensiones de Cristo mismo (v. 18). Estamos siendo conducidos a otra esfera, esto es, la esfera de la realidad. Si no permanecemos en el espíritu mezclado, vivimos en la esfera de la vanidad. La vanidad de la mente, mencionada en Efesios 4:17, está en contraposición al espíritu de nuestra mente, descrito en el versículo 23. Si no vivimos en la realidad, estamos en la

vanidad. Es al permanecer en la vanidad de la mente que las personas afirman que las uvas mencionadas en Números 13:23 no son tan grandes. Es posible que digan: “Simplemente estamos tratando de ser realistas. Medimos las cosas según lo que vemos”. Sin embargo, lo que ellos ven está en la vanidad de sus mentes. Las cosas que vemos en nuestro espíritu son realidades que percibimos en el espíritu de nuestra mente. Necesitamos el espíritu mezclado. Sin el espíritu mezclado, no tenemos la llave de la puerta, el portal, “la plataforma de lanzamiento”, que nos conduce a la “estratosfera” del espíritu. Necesitamos entrar en esta esfera o ámbito.

En los mensajes anteriores también se hizo alusión a esta esfera. El mensaje 1 habla acerca de una visión universal, que no es local ni internacional, ni terrenal o física, sino universal. El mensaje 2 nos muestra que el Cuerpo de Cristo no es una doctrina sino una esfera. En el mensaje 3 vemos que es necesario que nos sobrevenga un éxtasis y seamos trasladados a otra esfera. El mensaje 5 dice que el Cuerpo es la esfera en donde opera la cruz. Necesitamos entrar en nuestro espíritu y ejercitarlo. Jamás podremos entrar en esa esfera mediante un análisis mental. No obstante, si ejercitamos nuestro espíritu, entraremos en otra esfera, una esfera que trasciende nuestros sentidos, que está más allá del tiempo y del espacio, y una esfera que está más allá del yo. Es una esfera que está “más allá”.

#### UNA ESFERA QUE ESTÁ “MÁS ALLÁ”

Los seis capítulos de Efesios hablan acerca de una esfera que está “más allá”. El capítulo 1 nos dice que esta esfera ha existido desde “antes de la fundación del mundo” (v. 4). También es una esfera que está más allá del tiempo. El versículo 10 habla de “la plenitud de los tiempos”, esto es, una esfera que está más allá de los límites del tiempo. El versículo 21 dice que dicha esfera está “por encima de todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero”. Esto incluye el universo físico, pero también incluye mucho más. Es una esfera totalmente diferente.

El capítulo 2 dice que a pesar de que estábamos muertos en delitos, Dios “nos dio vida juntamente con Cristo ... y juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús” (vs. 5-6). El versículo 15 dice: “Aboliendo en Su carne la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas, para crear en Sí mismo

de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz”. Este versículo indica que mediante la cruz fuimos librados de la esfera de la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas; es decir, hemos sido llevados más allá de la esfera de la cultura y de las naciones.

El capítulo 3 dice: “El misterio de Cristo, misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres” (vs. 4-5). Esta esfera no se dio a conocer a los hijos de los hombres en otras generaciones. Es una esfera que no puede ser escudriñada, porque es la esfera de “las inescrutables riquezas de Cristo” (v. 8) La palabra *inescrutable* significa literalmente “insondable”. Esta esfera no puede ser sondeada; es una esfera que no podemos escudriñar ni sondear. El versículo 9 nos habla de la economía del misterio “escondido desde los siglos en Dios”; por tanto, esta esfera ha estado escondida por muchos siglos. Es una esfera inconmensurable, debido a que es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad (v. 18). Es una esfera que está más allá del conocimiento, debido a que atañe al “amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (v. 19). Esta esfera sólo puede ser definida por lo que no es; es una esfera que está “más allá”. Si permanecemos en aquello que no está “más allá”, entonces no estamos en dicha esfera.

El capítulo 4 dice: “El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo” (v. 10). Cristo descendió “a las partes más bajas de la tierra” (v. 9) y también “subió por encima de todos los cielos”. La esfera de la cual estamos hablando está más allá de los cielos y la tierra, por los cuales Cristo ya cruzó; Él está en una esfera que va “más allá”. Nosotros vivimos en la tierra; no hemos descendido ni ascendido al grado en que Cristo lo hizo. Cristo descendió y ascendió, y fue más allá. Los versículos 17 y 18 dicen que los gentiles andan en la esfera de “la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos a la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón”; antes andábamos en esta esfera. La otra esfera, la esfera que está “más allá”, es una esfera que trasciende la vanidad de nuestra mente, que trasciende nuestro conocimiento e, incluso, que trasciende nuestro corazón. Esta esfera es algo que nuestra mente y nuestro corazón no pueden comprender. Es aquello que “ojo no vio, ni oído oyó” (1 Co. 2:9).

Efesios 5:8 dice: “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor”. Estábamos en la esfera de las tinieblas, pero ahora estamos en una esfera que va más allá de las tinieblas. No sólo estamos en la luz, sino que somos la luz misma. Al final del capítulo 5 se nos

habla de la maravillosa novia de Cristo. El versículo 27 dice que Cristo se presentará “a Sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin defecto”. La novia no tiene defectos, manchas ni arrugas. La novia es la síntesis de la perfección. Ésta es la esfera de la cual estamos hablando.

En el capítulo 6 vemos una esfera en la que podemos “estar firmes contra las estratagemas del diablo” (v. 11), en la cual podemos luchar “contra principados, contra potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (v. 12), una esfera en la que podemos resistir “en el día malo” (v. 13) y “apagar todos los dardos de fuego del maligno” (v. 16). La esfera de la cual estamos hablando va más allá; es una esfera donde no hay tentación ni tribulaciones, y donde lo hemos vencido todo. Para poder entrar en dicha esfera, necesitamos usar la llave, esto es, nuestro espíritu mezclado.

**EFESIOS REVELA QUE LA EDIFICACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO  
SE LLEVA A CABO ABSOLUTAMENTE  
EN NUESTRO ESPÍRITU MEZCLADO,  
EL CUAL CONSISTE DEL ESPÍRITU DIVINO  
QUE MORA EN NUESTRO ESPÍRITU HUMANO  
Y SE HA MEZCLADO CON ÉL,  
FORMANDO ASÍ UN SOLO ESPÍRITU**

Efesios revela que la edificación del Cuerpo de Cristo se lleva a cabo absolutamente en nuestro espíritu mezclado, el cual consiste del Espíritu divino que mora en nuestro espíritu humano y se ha mezclado con él, formando así un solo espíritu (1:17; 2:22; 3:5, 16; 4:23; 5:18; 6:18). En cada capítulo de Efesios se menciona el espíritu mezclado. En el capítulo 1, el espíritu es llamado “espíritu de sabiduría y de revelación” (v. 17). El capítulo 2 dice que estamos siendo “juntamente edificados para morada de Dios en el espíritu” (v. 22). El edificio de Dios se lleva a cabo en el espíritu; el espíritu mezclado es el espíritu en el cual se halla el edificio de Dios. Cuando estamos en el espíritu, estamos en el edificio de Dios.

En el capítulo 3 se menciona el espíritu dos veces. En el versículo 5 leemos que el misterio de Cristo “ahora es revelado a Sus santos apóstoles y profetas en el espíritu”. El versículo 16 habla de ser “fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu” para que Cristo haga Su hogar en nuestros corazones. El hombre interior mencionado aquí es el espíritu. El versículo 5 dice que el misterio ahora es

revelado a los santos apóstoles y profetas en el espíritu. El espíritu mencionado en el versículo 5 equivale al hombre interior del versículo 16. El capítulo 4 habla de despojarnos del viejo hombre y vestirnos del nuevo (vs. 22, 24). En medio de ambos versículos yace el secreto por medio del cual podemos lograrlo: “Y os renovéis en el espíritu de vuestra mente” (v. 23). El secreto para despojarnos del viejo hombre y vestirnos del nuevo consiste en que seamos renovados en el espíritu de nuestra mente. En el versículo 23, el espíritu obra para renovarnos.

El capítulo 5 dice: “No seáis insensatos, sino entended cuál es la voluntad del Señor. No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien, sed llenos en el espíritu” (vs. 17-18). No debemos desperdiciar el tiempo; más bien, debemos redimirlo, porque los días son malos (v. 16). No debemos embriagarnos con vino, sino que debemos ser llenos en el espíritu. Debemos llenarnos con el vino celestial, el cual es el Espíritu divino. Cuando el Espíritu nos llena, no hay disolución. Sin el Espíritu, todo lo que hay en el mundo nos trae disolución; todo es una pérdida de tiempo. Después de pasar tres horas navegando en la Internet experimentamos completa disolución, porque nuestro tiempo y nuestra energía han sido consumidos. Sin embargo, si somos llenos del Espíritu divino, en vez de experimentar disolución rebosaremos con “salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en [nuestros] corazones” (v. 19). Esto nos hará plenamente capaces de sujetarnos unos a otros (v. 21), y hará que las relaciones que tengamos con otros no sólo sean éticas, sino también llenas del espíritu (5:22—6:9).

El capítulo 6 dice: “Con toda oración y petición orando en todo tiempo en el espíritu, y para ello velando con toda perseverancia y petición por todos los santos” (v. 18). Cuando oramos de esta manera, somos equipados para combatir en la guerra espiritual. La nota 1 del versículo 18 dice: “Toda la armadura de Dios está compuesta de seis partes. La oración se puede considerar como la séptima; es el medio único, crucial y vital por el cual aplicamos las otras partes, haciendo que la armadura esté a nuestra disposición en forma práctica”.

Quiero alentarlos a que memoricen, en el libro de Efesios, todos los versículos que mencionan el espíritu. Aún más, los aliento a que memoricen todo el libro de Efesios. Si ejercitamos nuestro espíritu, podremos hacerlo. Cada versículo de Efesios es precioso; cada palabra está llena de significado. Por tanto, debemos poner atención a cada

versículo. Este espíritu mezclado es maravilloso. La edificación del Cuerpo de Cristo se lleva a cabo absolutamente en nuestro espíritu mezclado. El espíritu mezclado es un punto estratégico de enfoque en la guerra contra Satanás.

**NECESITAMOS UN ESPÍRITU DE REVELACIÓN,  
UN ESPÍRITU QUE VE, A FIN DE QUE VEAMOS EL CUERPO;  
SIEMPRE QUE NOS VOLVEMOS A NUESTRO ESPÍRITU  
Y LO EJERCITAMOS, TOCAMOS EL CUERPO,  
PUES EL CUERPO ESTÁ EN NUESTRO ESPÍRITU**

Necesitamos un espíritu de revelación, un espíritu que ve, a fin de que veamos el Cuerpo; siempre que nos volvemos a nuestro espíritu y lo ejercitamos, tocamos el Cuerpo, pues el Cuerpo está en nuestro espíritu (1:17; cfr. Ap. 1:10, 12; 21:10). Si no ejercitamos nuestro espíritu, el Cuerpo no será una realidad para nosotros. A fin de que el Cuerpo sea real para nosotros, necesitamos tocar nuestro espíritu, que es un espíritu de sabiduría y de revelación. Efesios 1:7-8 dice que Dios hizo sobreabundar Su gracia para con nosotros en toda sabiduría y prudencia. Ésta no es nuestra sabiduría, sino la de Dios. La gracia sobreabunda para con nosotros en la sabiduría de Dios. En otras palabras, se requiere toda la sabiduría de Dios a fin de que la gracia sobreabunde para con nosotros. No podemos comprender el Cuerpo con nuestra pequeña mente; necesitamos tener un espíritu de sabiduría. Más aún, también necesitamos un espíritu de revelación. Un ciego es una persona privada del sentido de la vista. A fin de ver la esfera del Cuerpo y entrar en ella, necesitamos activar este sentido, esta facultad, a saber: el espíritu de sabiduría y de revelación.

El capítulo 1 de Efesios revela que el Cuerpo de Cristo es fruto de la impartición de la Trinidad procesada y de la transmisión del Cristo que todo lo trasciende. Si usted verdaderamente desea ver este asunto en Efesios 1, debe memorizar los cuatro puntos que aparecen en el bosquejo del mensaje 6, número romano II (pág. 155). Estos puntos conformaron las pancartas de la Conferencia del fin de semana de Acción de gracias en 1993:

- (1) La impartición del Padre al efectuar Su elección y predestinación tiene como fruto Sus muchos hijos, quienes conforman Su casa en santificación (vs. 3-6).
- (2) La impartición del Hijo en Su obra de redención y de

salvación tiene como fruto los creyentes, quienes llegan a ser herencia de Dios al ser transformados (vs. 7-12).

- (3) La impartición efectuada por el Espíritu al sellar a los creyentes y al ser las arras dadas a ellos, tiene como fruto que Dios mismo sea la herencia de ellos, lo cual redundará en que ellos sean hechos perfectos (vs. 13-14).
- (4) La transmisión del Cristo que todo lo trasciende, transmisión efectuada en Su resurrección y ascensión, tiene como fruto Su Cuerpo, que es Su expresión, lo cual redundará en que los creyentes alcancen su consumación (vs. 19-23).

Estos puntos se encuentran en el libro *El resultado de la dispensación de la Trinidad procesada y la transmisión del Cristo que lo trasciende todo* (pág. 9). Si nos aprendemos estos cuatro puntos, comprenderemos cabalmente todo el capítulo 1 de Efesios. En este capítulo encontramos tres clases de impartición: la impartición del Padre al efectuar Su elección y predestinación, la impartición del Hijo en Su obra de redención y de salvación, y la impartición efectuada por el Espíritu al sellar a los creyentes y al ser las arras dadas a ellos. La impartición del Hijo tiene como meta hacer de nosotros la herencia de Dios. La impartición del Espíritu tiene como meta hacer de Dios nuestra herencia. El Espíritu es las arras, un anticipo, que tiene como fruto que Dios mismo sea la herencia de los creyentes; esto redundará en que ellos sean hechos perfectos. Estas tres clases de impartición resumen la primera parte del capítulo 1.

La segunda parte del capítulo 1 corresponde a la oración de Pablo en cuanto a la revelación. Según el hermano Lee, las oraciones más grandes de la Biblia, sin incluir la oración del Señor en Juan 17, son las dos oraciones del apóstol Pablo halladas en Efesios 1 y 3. Pablo ora de una manera estratégica; él ora con respecto al espíritu. En el capítulo 1, él ora por un espíritu de revelación; en el capítulo 3, él ora por un espíritu de experiencia. Pablo sabía dónde enfocar su oración. La segunda parte del capítulo 1 habla acerca del Cristo que todo lo trasciende. Cristo trasciende en cuatro maneras: por Su resurrección, esto es, al ser levantado de entre los muertos (v. 20); por Su ascensión, es decir, al sentarse en los lugares celestiales por encima de todo principado, autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra (vs. 20-21); al someter todas las cosas bajo Sus pies (v. 22); y al ser dado por Cabeza sobre todas las cosas (v. 22). Estos cuatro ítems abarcan el proceso, el

recorrido, del Cristo que todo lo trasciende. La trascendencia de Cristo tiene como resultado una transmisión, en virtud de la cual se produce el Cuerpo de Cristo, que es Su expresión, lo cual redundará en que los creyentes alcancen su consumación. Si nos aprendemos estos cuatro puntos —los tres puntos relacionados con la impartición y el punto relacionado con la transmisión del Cristo que todo lo trasciende— comprenderemos Efesios 1.

Para poder ver la realidad de estas cosas, necesitamos tener un espíritu de revelación. A nosotros los hermanos nos gusta discutir; esto indica que estamos en la mente. Hermanos, necesitamos olvidarnos de argumentar con nuestras esposas. Tales discusiones no tienen fin. Es probable que dos hermanos que son compañeros de cuarto en la casa de hermanos discutan con frecuencia. Tal vez piensen que están en cierta clase de esfera divina, pero el hecho es que no están en el espíritu de revelación.

**A fin de crecer en vida,  
ser partícipes de la realidad del Cuerpo de Cristo  
y disfrutar de la impartición divina de la Trinidad Divina,  
tenemos que atender al hablar y al obrar del Espíritu  
—el Espíritu que nos santifica,  
nos sella y es las arras de nuestra herencia—  
en nuestro espíritu**

A fin de crecer en vida, ser partícipes de la realidad del Cuerpo de Cristo y disfrutar de la impartición divina de la Trinidad Divina, tenemos que atender al hablar y al obrar del Espíritu —el Espíritu que nos santifica, nos sella y es las arras de nuestra herencia— en nuestro espíritu (vs. 3-4, 13-14; 4:30; Jn. 4:24; Ro. 8:4, 6). Para poder ver la realidad del Cuerpo de Cristo, necesitamos ejercitar nuestro espíritu. Cuando ejercitamos nuestro espíritu, desechamos todos los argumentos que están en nuestra mente.

Los argumentos que están en nuestra mente son como lentes oscuros. Cuando nos ponemos lentes oscuros, el mundo cambia de color. Algunas personas dicen que conocen el Cuerpo, debido a que cada vez que leen la palabra *Cuerpo*, ellos interpretan este término según su propio diccionario; ellos ven todo a través de lentes oscuros. G. H. Lang dice en el libro titulado *The Churches of God* [Las iglesias de Dios], que el Cuerpo del cual habla Efesios sólo incluye al cuerpo de creyentes en Éfeso. Ciertamente, G. H. Lang miró el asunto del Cuerpo a través de



lentes oscuros. Si usamos los anteojos equivocados, no podremos ver apropiadamente. Quizás al leer Efesios veamos dos cosas diferentes: el Cuerpo y la iglesia. Si lo que vemos es una dicotomía, esto indica que estamos usando los anteojos equivocados. Necesitamos ir a una consulta con el “optometrista divino” para que nuestra visión sea calibrada. Pablo vio una sola cosa: el Cuerpo es la iglesia, y la iglesia es el Cuerpo.

Es muy común que las personas de edad avanzada sufran de cataratas, una enfermedad producida como resultado de que el lente ocular se opaca. Si hemos estado en la vida de iglesia por algún tiempo, quizás pensemos que ya conocemos lo que el ministerio nos presenta; consecuentemente, desarrollamos “cataratas” en nuestros ojos espirituales. Quizás digamos: “Yo conozco el libro de Efesios. Ya leí el Estudio-vida”. Tal vez necesitemos “cirugía” para quitar “las cataratas” a fin de que nuestra visión se aclare. Cierta hermana fue operada de las cataratas y, después de la operación, dijo: “¡Ah, todo se ve diferente!”. Cuando estamos en nuestro espíritu, decimos: “¡Ah, todo se ve diferente!”. Cuando permanecemos en la mente, es como si usáramos lentes gruesos. Nuestra visión corresponde a la clase de lentes que usemos: visión telescópica, visión microscópica y otras clases de visión. Necesitamos desechar cualquier otra clase de visión para tener un espíritu de revelación. Que seamos de aquellos que ejercitan su espíritu mezclado, para que podamos ver con un espíritu de revelación.

**Para conocer la economía de Dios,  
recibir la impartición de Dios  
y participar en la transmisión del Cristo  
que es el poder que resucita, asciende, todo lo trasciende  
y reúne todo bajo una cabeza  
—poder que es transmitido “a” la iglesia—  
es indispensable que conozcamos nuestro espíritu,  
lo usemos y lo ejercitemos**

Para conocer la economía de Dios, recibir la impartición de Dios y participar en la transmisión del Cristo que es el poder que resucita, asciende, todo lo trasciende y reúne todo bajo una cabeza —poder que es transmitido “a” la iglesia— es indispensable que conozcamos nuestro espíritu, lo usemos y lo ejercitemos (Ef. 1:19-23; 3:20; Fil. 4:13, 23; cfr. Ap. 4:3). Cristo es semejante a una gran planta de energía. Hablando figurativamente, allí se producen millones de megavatios de

electricidad divina mediante cuatro clases de poder: el poder de resurrección, que vence la muerte, el sepulcro y el Hades; el poder de ascensión, que vence toda fuerza en el universo y sienta a Cristo en los lugares celestiales, por encima de todo; el poder que todo lo trasciende, que somete todas las cosas bajo los pies de Cristo; y el poder que reúne todo bajo una cabeza, el cual nos rescata del desplome del universo (Ef. 1:10). Hoy necesitamos experimentar en gran manera el poder que reúne todo bajo una cabeza. Aunque aparentemente el cuerpo de una persona descansa sobre las piernas, dicho cuerpo se desplomaría si separáramos el cuerpo de la cabeza. Por tanto, reunir todo bajo una cabeza es una especie de poder. Si Cristo no fuera la Cabeza, el universo se desplomaría. Como iglesia, estamos siendo reunidos bajo una cabeza en Cristo. La autoridad de Cristo como Cabeza es nuestro verdadero sostén.

El versículo 22 dice que Cristo fue dado “por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia”. La expresión *a la iglesia* implica una especie de transmisión; indica que estos cuatro poderes son transmitidos a la iglesia, es decir, a los creyentes. La transmisión se desplaza desde Cristo, la “planta eléctrica”, hasta nosotros. Lo único que se requiere es que “encendamos el interruptor” al ejercitar nuestro espíritu. Este poder cuádruple —el poder de resurrección, el poder de ascensión, el poder que todo lo trasciende o todo lo sujeta, y el poder que reúne todo bajo una cabeza— está instalado en nuestro espíritu. No podemos quejarnos de que no tenemos “electricidad”. Simplemente necesitamos encontrar el “interruptor”, nuestro espíritu humano, y encenderlo. Puesto que ya hemos hallado nuestro espíritu humano, ahora debemos permanecer cerca de dicho “interruptor”. Si no lo hacemos, sufriremos un “apagón”. No solo debemos volvernos al espíritu, sino que también debemos ejercitarlo. La mejor manera de ejercitar nuestro espíritu es la oración. La oración es para nuestro espíritu, tal como caminar es para nuestros pies. Si no caminamos, es como si no tuviéramos pies; si no oramos, es como si no tuviéramos espíritu.

El Espíritu divino está mezclado con nuestro espíritu, sin embargo, necesitamos ejercitar nuestro espíritu. Pablo no escribió el libro de Efesios con la intención de proveernos un método. El oró para que nosotros pudiéramos entrar en otra esfera, en otra modalidad. Esto no se lleva a cabo en la mente. Con tal que estemos en la mente, estaremos en la esfera, la modalidad, de la mente. Debemos salirnos de esa modalidad. A nuestra mente le gustan los razonamientos, luego las discusiones,

después las quejas y, finalmente, las injurias. En 1 Pedro 2:1 dice que debemos desechar “toda malicia, todo engaño, hipocresías, envidias, y toda maledicencia”. Cuando no permanecemos en el espíritu y ejercitamos nuestra mente, experimentamos esta secuencia: empezamos con malicia y terminamos con maledicencia. Esta secuencia es como las etapas de una enfermedad; es una enfermedad de la mente que conduce a la muerte mediante la maledicencia. Necesitamos volvernos a nuestro espíritu.

A muchos santos, en especial los hermanos, les gusta analizar la situación de la iglesia. Es posible que el análisis esté correcto, pero quizás esté “correctamente muerto”. Lo que necesitamos no es un análisis apropiado, sino oración. La iglesia necesita más santos que doblen sus rodillas para orar, tal y como lo hizo Pablo (Ef. 3:14). La iglesia necesita más santos que permanezcan en el espíritu.

**SOMOS “JUNTAMENTE EDIFICADOS  
PARA MORADA DE DIOS EN EL ESPÍRITU”**

Somos “juntamente edificados para morada de Dios en el espíritu” (2:22). Ésta es la segunda vez que se menciona la llave. Una vez que encontramos nuestro espíritu, encontramos la morada de Dios. Por el contrario, si no permanecemos en el espíritu, no podremos estar en el edificio de Dios. Independientemente de si estamos de acuerdo o no con el edificio de Dios, no hemos sido juntamente edificados. El único lugar, el único sitio, en donde podemos ser juntamente edificados es Bet-el, la casa de Dios. Bet-el es el lugar donde los cielos se unen a la tierra y la tierra se une a los cielos. Es el lugar donde Jacob tuvo el sueño con respecto a la escalera que estaba apoyada en tierra y cuyo extremo tocaba el cielo (Gn. 28:12). Juan 1:51 nos revela que Jesús es la escalera: “De cierto, de cierto os digo: Veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subir y descender sobre el Hijo del Hombre”. En 3:13 Él dijo: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo”. El Hijo del Hombre está en tres lugares simultáneamente. Él está en los cielos, Él está ascendiendo a los cielos y Él está descendiendo de los cielos. Esta persona es Aquel que mora en nosotros para hacernos Bet-el, la casa de Dios.

Cuando los hermanos comienzan a reunirse, quizás empiecen a notar diferencias entre unos y otros. Cuento más miren, más enemistad se producirá. Cuando un hermano conoce a otro inicialmente y se da cuenta de que es cristiano, se pone muy contento. Si llega a conocer

que este hermano participa en la vida de iglesia, su respuesta puede ser aún más entusiasta. Con el tiempo, estos hermanos quizás tengan comunión acerca de los mensajes del Estudio-vida. Todo el tiempo, la comunión que ellos han disfrutado uno con el otro es maravillosa. Sin embargo, llega el momento en que uno de ellos menciona al otro que necesita un compañero de cuarto. Es posible que la historia cambie de aquí en adelante. Al inicio, ellos permanecían en su espíritu y estaban siendo edificados, pero una vez que viven en la misma casa, las cosas positivas se esfuman y las cosas negativas se manifiestan. Como resultado, quizás ya no haya edificación entre ellos, debido a que no ejercitan más sus espíritus. Según la tipología del tabernáculo, las cuarenta y ochos tablas sólo podían ser conjuntamente edificadas al ser recubiertas de oro (Éx. 26:15-30, y la nota 29<sup>1</sup>). Los únicos momentos en que podemos ser juntamente edificados con otros, son cuando permanecemos en el espíritu mezclado.

Efesios 2:20 afirma que Cristo es la piedra del ángulo y que los apóstoles son el fundamento. Esto aparentemente contradice lo que dice 1 Corintios 3:10-14, donde claramente se afirma que Cristo es el fundamento. En efecto, Cristo es el fundamento, pero Efesios 2:20 fue escrito desde la perspectiva de la obra actual de edificación. Por tanto, el fundamento en la obra edificadora es la revelación de Cristo que los apóstoles recibieron y ministraron. Cristo es el fundamento y también la piedra del ángulo que une a los creyentes judíos y gentiles con miras a que ellos puedan ser conjuntamente edificados en el espíritu. Cuando permanecemos en el espíritu, podemos ser uno con todos los creyentes alrededor del mundo; desaparecen las diferencias nacionales y culturales.

**Debido a que nuestro espíritu  
es la morada de Dios, la casa de Dios,  
éste es también la Bet-el de hoy, la puerta del cielo;  
en nuestro espíritu mora Cristo como nuestra escalera,  
la cual nos une a los cielos y trae los cielos a nuestro ser,  
ministrándonos la vida, la gracia,  
la autoridad y el poder celestiales  
a fin de brindarnos el sustento necesario  
para que llevemos una vida celestial en la tierra**

Debido a que nuestro espíritu es la morada de Dios, la casa de Dios, éste es también la Bet-el de hoy, la puerta del cielo; en nuestro espíritu mora Cristo como nuestra escalera, la cual nos une a los cielos y trae

los cielos a nuestro ser, ministrándonos la vida, la gracia, la autoridad y el poder celestiales a fin de brindarnos el sustento necesario para que llevemos una vida celestial en la tierra (Gn. 28:12-17; Jn. 1:51; Col. 3:1-2; Ro. 8:10, 34; Ef. 2:6). Colosenses 3:1-2 dice: “Si, pues, fuisteis resucitados juntamente con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Fijad la mente en las cosas de arriba, no en las de la tierra”. Debemos ser aquellos que buscan las cosas de arriba. No debemos ser aquellos que permanecen en el primer travesaño de la escalera. Cuando estamos en el espíritu, la escalera nos lleva arriba, a “las cosas de arriba”.

Hebreos 4:12 y 10:19 nos revelan que hay un pasadizo secreto, “un túnel”, para entrar al Lugar Santísimo que está en el cielo, incluso mientras todavía estamos en la tierra. Este túnel secreto es nuestro espíritu humano. Este túnel nos conduce al Lugar Santísimo y al trono. Debemos entrar en este túnel. Una vez que entremos en el túnel, entraremos en otra esfera. Entraremos al Lugar Santísimo y, súbitamente, estaremos en el trono. Necesitamos escalar la escalera celestial, la escalera mecánica celestial, que nos conduce a los cielos, donde se nos ministra la vida, la gracia, la autoridad y el poder, los cuales nos brindan el sustento necesario para que llevemos una vida celestial en la tierra. Ésta es la realidad del edificio.

Romanos 8:10 dice que Cristo está en nosotros, y el versículo 34 dice que Cristo está a la diestra de Dios. El Cristo que está en nosotros es el mismo Cristo que está sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos (He. 8:1). Efesios 2:6 dice que Dios “juntamente con Él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús”. Cuando estamos en nuestro yo, permanecemos en la tierra; pero cuando estamos en nuestro espíritu, entramos al ascensor celestial y ascendemos a los cielos, donde está el trono en el Lugar Santísimo. Nuestro espíritu nos conduce a otra esfera.

**Nuestro espíritu es donde  
la edificación de la iglesia se lleva a cabo;  
siempre que estemos fuera de nuestro espíritu,  
estaremos divididos y seremos divisivos e individualistas;  
si permanecemos en el Espíritu vivificante  
que está en nuestro espíritu, guardaremos  
la unidad del Espíritu para la edificación del único Cuerpo**

Nuestro espíritu es donde la edificación de la iglesia se lleva a cabo;

siempre que estemos fuera de nuestro espíritu, estaremos divididos y seremos divisivos e individualistas; si permanecemos en el Espíritu vivificante que está en nuestro espíritu, guardaremos la unidad del Espíritu para la edificación del único Cuerpo (Jn. 4:24; Ef.4:3-4a). Siempre que oramos, deberíamos tener la certeza de que se está llevando a cabo la edificación. Pero si no oramos, habrá una gran interrogante en cuanto a la edificación. Con frecuencia pensamos que podemos resolver problemas con tan sólo hablar al respecto; de hecho, eso complica más las cosas. Watchman Nee dijo: “Es mejor estar ocupados orando que estar ocupados laborando. Una persona puede lograr mucho más por medio de la oración que mediante su labor” (*The Collected Works of Watchman Nee* [Recopilación de las obras de Watchman Nee], tomo 7, pág. 1160). La mayoría de nosotros estamos muy conscientes de nuestra eficiencia; prestamos mucha atención al uso eficiente de nuestra energía y tiempo. En los asuntos espirituales, el camino más eficiente es la oración. Sin embargo, con frecuencia no tomamos el camino eficiente; antes bien, seguimos un camino curvilíneo, una ruta que nos lleva al desierto. Quiera el Señor que todos entremos a nuestro espíritu. Es en nuestro espíritu donde se lleva a cabo la edificación de la iglesia.

Siempre que estemos fuera de nuestro espíritu, estaremos divididos, seremos divisivos e individualistas y estaremos en cautividad. Cuando los hijos de Dios están en cautividad, están divididos; algunos están en Egipto, y otros, en Babilonia. Siempre que estemos en cautividad, también seremos divisivos. Regresar de la cautividad significa volver a nuestro espíritu, ya que la buena tierra está en nuestro espíritu. Juan 4:24 dice: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y con veracidad es necesario que adoren”. Los judíos adoran en Jerusalén y consideran que es un lugar sagrado; sin embargo, el lugar sagrado para nosotros, los creyentes neotestamentarios, es nuestro espíritu. Para nosotros la Tierra Santa es el espíritu. Si estamos fuera de nuestro espíritu, estamos en cautividad. La cautividad conduce a la división. La razón por la cual los creyentes en Corinto estaban en división (1 Co. 1:12) era que se hallaban en cautividad. Eran cautivos de su carnalidad. Se convirtieron en cristianos de la carne, carnales e, incluso, carne (3:1). El primer problema que les sobrevino, después de caer en tal cautividad, fue la división y el individualismo. Nosotros, a diferencia de ellos, debemos permanecer en nuestro espíritu. Si permanecemos en el Espíritu vivificante que está en nuestro espíritu, permanecemos en la buena

tierra y guardaremos la unidad del Espíritu para la edificación del Cuerpo de Cristo.

Efesios 4:3 dice: “Diligentes en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”. El Espíritu, como vínculo de la paz, puede compararse a las barras del tabernáculo que servían para mantenerlo unido. En cada lado del tabernáculo habían cinco barras, y la barra de en medio pasaba por en medio de las tablas, de un extremo al otro (Éx. 26:26-28). El significado de estas barras es que cuando estamos en el espíritu, experimentamos la unidad. Sin el Espíritu nunca podemos ser uno. Nuestra unidad se realiza en la esfera, el ámbito, de nuestro espíritu humano. Si no estamos en nuestro espíritu, viviremos en vanagloria y en ambiciones egoístas como dice en Filipenses 2:3, y en murmuraciones y argumentos como se menciona en el versículo 14. La vanagloria, la ambición egoísta, las murmuraciones y los argumentos se hallan en el ámbito de la cautividad. Todo ello se halla en la esfera de nuestra mente o de nuestra parte emotiva.

El mayor problema relacionado con los hermanos es su mente, mientras que para las hermanas, el mayor problema es su parte emotiva. Cuando las hermanas se emocionan, no hay lugar para el razonamiento. Ellas están en una esfera donde no hay cabida para el razonamiento. Si ellas se sienten deprimidas, sencillamente se sienten deprimidas; y el sentimiento de depresión es la única realidad para ellas. En ocasiones, me pregunto si es más difícil ayudar a un hermano que está inmerso en su mente o ayudar a una hermana que está inmersa en su parte emotiva. De hecho, pienso que en ambos casos la dificultad es la misma, porque es igualmente difícil ayudar a ambos a que se vuelvan a su espíritu. La mejor manera en que podemos ayudar a otros, es ayudarles a volverse a su espíritu en oración. Al aconsejar a otros, a veces tenemos que simpatizar con ellos; pero yo no soy una persona que simpatiza mucho con la gente. Si una hermana está inmersa en sus emociones, lo que en realidad ella necesita es orar y volverse a su espíritu. Lo que ella necesita no es simpatía, sino que alguien le ayude a volverse a su espíritu y activarlo, tal como se enciende el interruptor. Tan pronto ella active su espíritu, éste lavará dichas emociones y sentimientos; y el resultado será la edificación.

Según los libros de Génesis y de Apocalipsis, el fluir produce la edificación. Allí donde está el fluir, hay abundancia de piedras preciosas (Gn. 2:11-12). Al final, el resultado es el edificio de Dios (Ap. 22:1).

Sólo cuando nos unimos a la corriente divina, al fluir divino, y permitimos que ésta nos impregne, tenemos el edificio de Dios.

**TENEMOS QUE ORAR PIDIENDO  
“SER FORTALECIDOS CON PODER  
EN EL HOMBRE INTERIOR POR SU ESPÍRITU”,  
PARA QUE CRISTO HAGA SU HOGAR EN NUESTRO CORAZÓN;  
NUESTRO HOMBRE INTERIOR  
ES NUESTRO ESPÍRITU REGENERADO,  
EL CUAL POSEE LA VIDA DE DIOS COMO SU VIDA,  
Y NUESTRO CORAZÓN ESTÁ COMPUESTO  
DE TODAS LAS PARTES DE NUESTRA ALMA  
—LA MENTE, LA PARTE EMOTIVA Y LA VOLUNTAD—  
MÁS NUESTRA CONCIENCIA,  
LA PARTE PRINCIPAL DE NUESTRO ESPÍRITU**

Tenemos que orar pidiendo “ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu”, para que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón; nuestro hombre interior es nuestro espíritu regenerado, el cual posee la vida de Dios como su vida, y nuestro corazón está compuesto de todas las partes de nuestra alma —la mente, la parte emotiva y la voluntad— más nuestra conciencia, la parte principal de nuestro espíritu (Ef. 3:16-17a)

El bosquejo en la Versión Recobro que abarca los versículos del 14 al 19 indica que la oración que el apóstol hace por la iglesia, en cuanto a la experiencia, incluye cinco pasos: “que los santos sean fortalecidos en el hombre interior”, “que Cristo haga Su hogar en los corazones de los santos”, “que los santos comprendan todas las dimensiones de Cristo”, “que los santos conozcan el amor de Cristo”, y “que los santos sean llenos hasta la medida de la plenitud de Dios”. Estos cinco pasos ocurren uno tras otro. Primero, es necesario que seamos fortalecidos en nuestro hombre interior. El resultado consiste en que Cristo es fortalecido de tal modo que puede avanzar y mudarse a nuestro corazón para hacer allí Su hogar. Al hacer Cristo Su hogar en nuestro corazón, el resultado es que somos plenamente capaces de comprender cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad. Como consecuencia de esto conoceremos el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento. El resultado final es que llegamos a ser la plenitud, la expresión, la compleción, el rebosamiento, de Dios.

Los versículos 14 y 15 dicen: “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra”. La paternidad de la que nos habla este versículo no es

la paternidad neotestamentaria concerniente a la regeneración, sino la paternidad que está relacionada con la creación, es decir, la paternidad que es la fuente de todas las cosas en el universo, incluyendo los seres angélicos y el universo físico. Esta paternidad incluye tanto a los judíos como a los gentiles.

El versículo 16 dice: “Para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu”. Somos fortalecidos en nuestro hombre interior en virtud de tres cosas. Somos fortalecidos conforme a las riquezas de la gloria de Dios, con poder y por Su Espíritu. El poder con el cual somos fortalecidos en nuestro hombre interior es el poder cuádruple mencionado en 1:19. Este poder es la dínamo, la planta eléctrica celestial.

El hombre interior se refiere a nuestro espíritu, el mismo espíritu donde recibimos la revelación del misterio, del cual se habla en 3:5. Si no estamos en el espíritu, no podemos conocer nada respecto a este misterio; sin embargo, cuando estamos en el espíritu, el misterio nos es revelado. El hombre interior no es solamente nuestro espíritu, sino nuestra propia persona. Antes de haber sido regenerados, nuestra alma —particularmente nuestra mente— era nuestro hombre interior; pero cuando fuimos regenerados, nuestra verdadera persona fue trasladada del alma a nuestro espíritu. Ahora, nuestro espíritu no es tan sólo un órgano, sino que es nuestro hombre interior. Este hombre interior necesita ser fortalecido conforme a las riquezas de la gloria de Dios —lo cual alude a la plena expresión de Dios, las riquezas de la expresión de Sus atributos divinos— y también necesita ser fortalecido por Su Espíritu.

Aquel que mora en nosotros es el Dios Triuno. Cuando Él entra en nuestro ser, no viene para visitarnos, sino para morar en nosotros, tomar posesión de nosotros, ocupar nuestro ser y establecerse allí. Cuando el Dios Triuno viene a nosotros, Él toca la puerta de nuestro espíritu y nos entrega una tarjeta de presentación que tiene impresos seis títulos. Primero, Él es el Padre que nos escoge y predestina; el Hijo que nos redime, que todo lo trasciende y que transmite; y el Espíritu que nos santifica, nos sella y es las arras de nuestra herencia (cap. 1). Segundo, Él es el Padre —el Originador—, que viene al hombre como la piedra del ángulo, el Hijo edificador que lo lleva a cabo todo para ser el Espíritu accesible a la gente, el Ejecutor (cap. 2). Tercero, Él es el Padre, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, que viene a nosotros como el Cristo inconmensurable, cuyas riquezas

son inescrutables y cuyo amor excede a todo conocimiento, quien es el Espíritu que fortalece nuestro hombre interior (cap. 3). Cuarto, Él es el Padre, el cual es sobre todos, y por todos y en todos, quien viene a nosotros como el Señor que descendió a las partes más bajas de la tierra y que subió por encima de todos los cielos como Aquel que es el Espíritu de unidad, el cual nos sella hasta el día de nuestra redención (cap. 4). Quinto, Él es el Padre que recibe toda alabanza y acción de gracias, y que viene a nosotros como el Cristo que ama a Su novia, y que llega a ser el Espíritu que llena, el vino divino (cap. 5). Y sexto, Él es el Padre de paz, de amor y de fe, quien viene a nosotros como el Cristo que es la espada del Espíritu —la Palabra— y quien, como tal, derrota a Su enemigo (cap. 6). Cuando el Dios Triuno viene a nosotros, a nuestro espíritu, se presenta a Sí mismo de una forma maravillosa. Cuando Él viene a nuestro espíritu, nuestro espíritu llega a ser nuestro hombre interior. Recibir a este visitante es mucho mejor que recibir al presidente de los Estados Unidos. Cuando Él viene a nosotros, Él hace Su hogar en nuestro ser y toma posesión del territorio que había perdido, incluyendo nuestra terrible mente. Él se muda de inmediato y se establece allí, declarando Su soberanía sobre cada área. Aún más, Él nunca se irá, sino que subyugará cada rincón.

Hermanos, nuestra mente debe ser subyugada. En ocasiones cuando pienso en la mente que tenemos los hermanos, me acuerdo de un personaje —en la mitología griega— de cuya cabeza salían serpientes. Inicialmente había sido una preciosa doncella de hermosa cabellera, pero después de que alguien la maldijo, se convirtió en un monstruo terrible que arrasaba con toda la campiña. Su hermosa cabellera fue transformada en sibilantes serpientes, de apariencia tan aterradora, que cualquier criatura que la veía se convertía en piedra. Cuando estamos en nuestra mente, nosotros nos parecemos a este monstruo. Cuando el hombre fue creado, su mente era bella, pero se volvió corrupta, terrible y aterradora. Una mente insubordinada no es solamente un peligro para los demás, sino que también enreda al hombre que permanece en ella. Si permanecemos en nuestra mente, nos pasará lo mismo que a Absalón, cuyo cabello se enredó en una encina (2 S. 18:9). No sólo habremos de enredar a los demás, sino incluso a nosotros mismos. Que seamos aquellos que permiten al Señor ocupar nuestra mente, poseerla y establecerse en ella.

**El libro de Efesios constituye el corazón de la Biblia, y el corazón y la clave de este libro es 3:16-19; estos versículos nos revelan que la clave para la edificación del Cuerpo de Cristo es la experiencia interna que tenemos de Cristo como vida**

El libro de Efesios constituye el corazón de la Biblia, y el corazón y la clave de este libro es 3:16-19; estos versículos nos revelan que la clave para la edificación del Cuerpo de Cristo es la experiencia interna que tenemos de Cristo como vida. Efesios constituye el corazón de la Biblia, y “el corazón del corazón” se halla en 3:16-19; estos versículos representan la cámara más profunda de toda la Biblia. Este pasaje nos revela que la clave para la edificación del Cuerpo de Cristo es la experiencia interna que tenemos de Cristo como vida. Solamente al experimentar a Cristo de manera subjetiva podemos entrar en la realidad del Cuerpo. La única manera en que podemos entrar en la realidad de Cristo es al permitir que Él nos fortalezca en nuestro hombre interior y haga Su hogar en nuestra mente y en nuestros corazones. Cuando esto suceda, seremos plenamente capaces de comprender con todos los santos las vastas dimensiones de Cristo.

**Cuando somos fortalecidos en nuestro hombre interior por medio de nuestra oración, Cristo hace Su hogar en nuestros corazones, regulando todo nuestro ser así como abasteciendo y fortaleciendo consigo mismo todas las partes del mismo**

Cuando somos fortalecidos en nuestro hombre interior por medio de nuestra oración, Cristo hace Su hogar en nuestros corazones, regulando todo nuestro ser así como abasteciendo y fortaleciendo consigo mismo todas las partes del mismo (v. 17a). Cuando somos fortalecidos en nuestro hombre interior por medio de nuestra oración, nuestra mente y nuestro hombre exterior se sujetan a Cristo, de modo que Él puede hacer Su hogar en nuestro corazón, y no simplemente visitarlo o tocarlo. Sólo entonces, y no antes, podremos comprender las dimensiones de Cristo, las cuales son las dimensiones del universo mismo. Las dimensiones de un objeto físico son finitas; sin embargo, las dimensiones de Cristo son infinitas. Las dimensiones del amor, como virtud humana, son finitas, pero las dimensiones del amor, como atributo de Cristo, exceden a todo conocimiento y son ilimitadas.

**Ser fortalecidos con poder en nuestro hombre interior hace que seamos plenamente capaces de comprender con todos los santos las dimensiones ilimitadas de Cristo, esto es, la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, a fin de que experimentemos a Cristo como el “cubo” universal de manera tridimensional para que seamos equilibrados por el Cuerpo y seamos mantenidos y consolidados en el “cubo” de nuestro espíritu, la iglesia y la Nueva Jerusalén como la realidad del Lugar Santísimo**

Ser fortalecidos con poder en nuestro hombre interior hace que seamos plenamente capaces de comprender con todos los santos las dimensiones ilimitadas de Cristo, esto es, la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, a fin de que experimentemos a Cristo como el “cubo” universal de manera tridimensional para que seamos equilibrados por el Cuerpo y seamos mantenidos y consolidados en el “cubo” de nuestro espíritu, la iglesia y la Nueva Jerusalén como la realidad del Lugar Santísimo (v. 18; Éx. 26:2-8; 1 R. 6:20; Ap. 21:16). En primer lugar, es necesario que seamos fortalecidos en nuestro hombre interior. Luego, Cristo hace Su hogar en nuestros corazones y, después, avanzamos a la etapa en la cual somos fortalecidos con poder y somos plenamente capaces de comprender con todos los santos las dimensiones ilimitadas de Cristo —la anchura, la longitud, la altura y la profundidad— a fin de que experimentemos a Cristo como el “cubo” universal. Nuestra experiencia no debe ser lineal, en una sola dimensión; más bien, nuestra experiencia debe ser tridimensional, esto es, debemos experimentar al Cristo “cúbico”.

Algunos creyentes viven en un mundo de una sola dimensión. En el *Estudio-vida de Efesios*, el hermano Lee dice: “Los extremistas son aquellos que permanecen en una sola ‘línea’” (pág. 292). Ellos únicamente pueden hacer una sola cosa. La torre de Babel seguía una sola línea, pues sólo subía, mientras que el tabernáculo en el Antiguo Testamento (Éx. 25:1—30:38) y el templo en Ezequiel eran tridimensionales (40:48—41:26). El Lugar Santísimo siempre era un cubo; incluía todas las dimensiones: la anchura, la longitud y la profundidad. Aún tenía un corte transversal y un relieve. Conforme a dicha tipología, podemos afirmar que Cristo no sigue una sola línea, sino que es tridimensional.

Ezequiel 41:6-7 nos habla de las cámaras laterales del templo: “Las

cámaras laterales estaban sobrepuestas unas a otras, treinta en cada uno de los tres pisos; y entraban modillones en la pared de la casa alrededor, sobre los que estribasen las cámaras, para que no estribasen en la pared de la casa. Y había mayor anchura en las cámaras de más arriba; la escalera de caracol de la casa subía muy alto alrededor por dentro de la casa; por tanto, la casa tenía más anchura arriba. Del piso inferior se podía subir al de en medio, y de éste al superior”. Estas cámaras laterales tipifican la plenitud de las riquezas de Cristo (véase las notas de los versículos 6 y 7). Además, había mayor anchura en las cámaras de más arriba. Esto significa que cuánto más elevada sea nuestra experiencia de Cristo, mayor anchura tendrá. Estas cámaras laterales eran de tres pisos de altura, lo cual tipifica que la altura de Cristo es la altura misma del Dios Triuno. Cuando estamos en nuestro espíritu, cuando nuestro hombre interior es fortalecido y cuando Cristo hace Su hogar en nuestros corazones, entonces conocemos a este Cristo tridimensional, cuya altura es la altura misma del Dios Triuno.

En nuestra experiencia tenemos tanto la altura como la profundidad. Por tanto, podemos decir que Cristo tiene cuatro dimensiones. Su profundidad es la profundidad del Espíritu. En 1 Corintios 2:10-11 dice: “Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. Siempre que estamos en el espíritu, nos hallamos en un submarino espiritual que nos conduce a las profundidades de Dios. La palabra *comprender* en Efesios 3:18 significa “asir, aferrarse con fuerza, de forma intensa”. Esto es semejante al significado de la palabra *escudriñar* en 1 Corintios 2:10, que hace referencia a efectuar una activa investigación para la adquisición de un conocimiento exacto, no por un descubrimiento casual sino por exploración. Santos, en estos días debemos orar. Al orar, entramos en las profundidades de Dios.

Es necesario experimentar a Cristo como el “cubo” universal de manera tridimensional para que seamos equilibrados por el Cuerpo y seamos mantenidos y consolidados en el “cubo” de nuestro espíritu, que tiene el tamaño del Lugar Santísimo. En el tabernáculo, las medidas del Lugar Santísimo eran de diez codos por diez codos (véase la nota de Éxodo 26:33 en *Holy Bible, Recovery Version* [Santa Biblia, Versión Recobro]). En el templo, estas medidas aumentaron a veinte codos por veinte codos (1 R. 6:20). Finalmente, en la Nueva Jerusalén, el

Lugar Santísimo se ha expandido al grado que mide doce mil estadios por doce mil estadios (Ap. 21:16). Solamente podremos tener una experiencia “cúbica” del Cristo “cúbico” y del Cuerpo “cúbico” cuando Cristo haga Su hogar en nuestro corazón, lo cual sucederá una vez que nuestro hombre interior sea fortalecido.

**El resultado de esto es que conoceremos el amor de Cristo,  
que excede a todo conocimiento,  
para ser llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios;  
le recibimos a Él como gracia sobre gracia  
a fin de ser llenos de Sus riquezas y llegar a ser  
la plena expresión de Dios para Su gloria en la iglesia**

El resultado de esto es que conoceremos el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para ser llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios; le recibimos a Él como gracia sobre gracia a fin de ser llenos de Sus riquezas y llegar a ser la plena expresión de Dios para Su gloria en la iglesia (Jn. 1:16; Ef. 3:18-21).

La expresión la *plenitud de Dios* implica que las riquezas de todo lo que Dios es, han llegado a ser Su expresión. Cuando las riquezas de Dios están en Dios mismo, son Sus riquezas, pero cuando son expresadas, vienen a ser Su plenitud (Jn. 1:16). Toda la plenitud de Dios mora en Cristo (Col. 1:19; 2:9). Al morar en nosotros, Cristo imparte la plenitud de Dios en nuestro ser de manera que seamos llenos hasta la medida de la plenitud de Dios para ser la manifestación práctica de la iglesia, donde Dios puede ser glorificado en Su expresión (Ef. 3:21). (nota 2 de Efesios 3:19)

Las riquezas de Cristo son todo lo que Cristo es y tiene, y todo lo que Él ha cumplido, logrado y obtenido. La plenitud de Cristo es el resultado y el fruto de nuestro disfrute de estas riquezas. Cuando las riquezas de Cristo son asimiladas metabólicamente en nuestro ser, nos constituyen la plenitud de Cristo, el Cuerpo de Cristo, la iglesia, como Su expresión. Primero, en 1:23 esta expresión es la plenitud de Cristo, y luego en este versículo [3:19] es la plenitud de Dios; pues la plenitud de Cristo, la corporificación de Dios, es la plenitud misma del Dios Triuno. (nota 3)

Para ver todo esto, debemos entrar en un cohete espiritual que nos eleve y nos lleve a otra esfera. Este cohete es nuestro espíritu mezclado.

**TENEMOS QUE SER RENOVADOS  
EN EL ESPÍRITU DE NUESTRA MENTE,  
PERMITIENDO QUE NUESTRO ESPÍRITU MEZCLADO SE EXTIENDA  
A NUESTRA MENTE DE TAL MODO QUE NUESTRA MENTE  
ESTÉ GOBERNADA, POSEÍDA, OCUPADA, CONQUISTADA,  
CONTROLADA Y SUBYUGADA POR NUESTRO ESPÍRITU MEZCLADO**

Tenemos que ser renovados en el espíritu de nuestra mente, permitiendo que nuestro espíritu mezclado se extienda a nuestra mente de tal modo que nuestra mente esté gobernada, poseída, ocupada, conquistada, controlada y subyugada por nuestro espíritu mezclado (4:23).

**Ser renovados en el espíritu de nuestra mente  
es deshacerse de todos los viejos conceptos  
concernientes a los asuntos de la vida humana  
y ser hechos nuevos mediante la enseñanza  
de las Santas Escrituras  
y la iluminación del Espíritu Santo**

Ser renovados en el espíritu de nuestra mente es deshacerse de todos los viejos conceptos concernientes a los asuntos de la vida humana y ser hechos nuevos mediante la enseñanza de las Santas Escrituras y la iluminación del Espíritu Santo (Lc. 24:45; Ef. 1:18; Sal. 119:18). La renovación tiene como meta producir el nuevo hombre y que nos despojemos del viejo hombre. El viejo hombre es el hombre cuyo corazón se ha endurecido, cuyo entendimiento se ha entenebrecido, y que es ignorante de la vida de Dios y se ha alejado de ella. Nos despojamos del viejo hombre mediante la renovación que el espíritu realiza en nuestra mente, con el fin de que ésta llegue a ser el espíritu de la mente y ya no sea la vanidad de la mente. A medida que el Espíritu ocupa nuestra mente, la vanidad es desalojada; ya no vivimos en la vanidad de nuestra mente, sino en la realidad del universo. Esta realidad es el descubrimiento más importante del universo: nuestro espíritu mezclado.

**Para ser renovados en nuestra mente  
tenemos que fijar nuestra mente en el espíritu,  
atendiendo a nuestro espíritu  
a fin de ser dominados, gobernados, guiados,  
controlados y dirigidos por nuestro espíritu mezclado  
para ser los prisioneros de Cristo en Su procesión triunfal**

Para ser renovados en nuestra mente tenemos que fijar nuestra

mente en el espíritu, atendiendo a nuestro espíritu a fin de ser dominados, gobernados, guiados, controlados y dirigidos por nuestro espíritu mezclado para ser los prisioneros de Cristo en Su procesión triunfal (Ro. 8:6; 1 Co. 2:15; 2 Co. 2:13-14). Génesis 49:11 dice: “Atando a la vid su pollino, / Y a la cepa el hijo de su asna”. Los asnos son tercos, y así es nuestra mente también. Nuestra “asna”, o sea, nuestra mente, debe ser atada a nuestro espíritu. Debemos fijar nuestra mente en el espíritu, atender a nuestro espíritu y ser dominados, gobernados, guiados, controlados y dirigidos por nuestro espíritu mezclado, a fin de ser los prisioneros de Cristo en Su procesión triunfal.

**TENEMOS QUE SER LLENOS EN NUESTRO ESPÍRITU CON CRISTO,  
QUIEN ES EL ESPÍRITU,  
HASTA LA MEDIDA DE TODA LA PLENITUD DE DIOS**

**Embriagarnos al ser llenos de vino  
en nuestro cuerpo trae disolución,  
pero ser llenos en el espíritu  
hace que rebosemos de Cristo al hablar,  
cantar, salmodiar, dar gracias a Dios  
y estar sujetos los unos a los otros**

Tenemos que ser llenos en nuestro espíritu con Cristo, quien es el Espíritu, hasta la medida de toda la plenitud de Dios (Ef. 5:18; 3:19). Embriagarnos al ser llenos de vino en nuestro cuerpo trae disolución, pero ser llenos en el espíritu hace que rebosemos de Cristo al hablar, cantar, salmodiar, dar gracias a Dios y estar sujetos los unos a los otros (5:18-21).

Sólo cuando seamos llenos en nuestro espíritu con Cristo, quien es el Espíritu, estaremos llenos de salmos e himnos y cánticos espirituales, los cuales rebosarán de nuestro interior, y nos someteremos unos a otros. Sin esta experiencia, las esposas nunca podrán someterse a sus esposos. Eso sólo podrá suceder cuando ellas estén en su espíritu mezclado, llenas de regocijo y entonando cánticos. Entonar cánticos no sólo es el rebosar que uno experimenta cuando está en el espíritu, sino que también es el camino por el cual entramos en el espíritu. Creo que Martín Lutero dijo en una ocasión que cuando no podía orar, entonces cantaba. Entonar cánticos puede ser más eficaz que la oración, puesto que cantar nos lleva a la oración.



**Ser llenos en espíritu tiene como fruto  
que las relaciones que tengamos con otros  
no sólo sean éticas sino que estén llenas del espíritu,  
a fin de que el Cuerpo sea expresado  
en la vida de iglesia normal;  
tanto la vida diaria como la vida familiar apropiadas  
son fruto de ser llenos en espíritu**

Ser llenos en espíritu tiene como fruto que las relaciones que tengamos con otros no sólo sean éticas sino que estén llenas del espíritu, a fin de que el Cuerpo sea expresado en la vida de iglesia normal; tanto la vida diaria como la vida familiar apropiadas son fruto de ser llenos en espíritu (5:22—6:9).

**TENEMOS QUE RECIBIR LA PALABRA DE DIOS CON TODA ORACIÓN,  
“ORANDO EN TODO TIEMPO EN EL ESPÍRITU”**

Tenemos que recibir la palabra de Dios con toda oración, “orando en todo tiempo en el espíritu” (vs. 17-18). El último capítulo de Efesios habla de la guerra espiritual. Cuando uno toca el tema del Espíritu y del Cuerpo, uno entra en contacto con la guerra espiritual. La guerra espiritual no empieza sino hasta que uno toca el Cuerpo. En una comunión dada por el hermano Lee el 24 de marzo de 1997, él mencionó la palabra *batalla* cuatro veces:

A partir de ese sueño comenzó la verdadera historia. Antes del sueño, nunca tuve tanta carga por el recobro del Señor, y tal sueño es lo que me ha dirigido en la obra. Ahora tengo la profunda sensación de que le queda al enemigo de Dios una sola cosa que hacer, y eso es destruir esta obra, una obra cuyo propósito es primeramente edificar el Cuerpo. Una vez edificado, el Cuerpo llega a ser el medio por el cual se producirá la Nueva Jerusalén. Ésta es la batalla entre Dios y Satanás. ¿Quién logrará la meta? Me encuentro en medio de esta batalla.

Actualmente no existe sobre la tierra un cristiano que sepa lo que significa edificar el Cuerpo de Cristo, pero nosotros tenemos la llave. Aunque desconozco cuánto tiempo el Señor me permita permanecer en esta batalla, estoy seguro de que la participación de ustedes en esta batalla significa muchísimo. Esto es lo único que logrará aquello que el corazón de Dios desea obtener.

Es aquí donde estamos hoy: en los lugares celestiales, el lugar en donde se lleva a cabo el combate espiritual. Siempre que entramos en nuestro espíritu, en la buena tierra, entramos en una lucha espiritual.

**Cuando ejercitamos nuestro espíritu  
para orar con respecto a la palabra de Dios y con ella,  
Su palabra como Espíritu santificador nos embellece  
a fin de que seamos Su novia,  
lavándonos por el lavamiento del agua en la palabra  
para hacernos la iglesia gloriosa de Cristo**

Cuando ejercitamos nuestro espíritu para orar con respecto a la palabra de Dios y con ella, Su palabra como Espíritu santificador nos embellece a fin de que seamos Su novia, lavándonos por el lavamiento del agua en la palabra para hacernos la iglesia gloriosa de Cristo (5:26-27). La armadura de Efesios 6 es el vestido nupcial mencionado en el capítulo 5. Esto lo podemos ver al comparar Apocalipsis 19:8 con el versículo 14. El versículo 8 nos presenta una descripción del vestido de bodas que lleva la novia: “Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, resplandeciente y limpio”. Esta descripción concuerda con la vestimenta del ejército mencionada en el versículo 14: “Y los ejércitos de los cielos, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos”. El versículo 8 habla de “lino fino, resplandeciente y limpio”, y el 14 habla de “lino finísimo, blanco y limpio”. Esto muestra que se trata del mismo vestido. Al entrar en nuestro espíritu para orar, nos ponemos este vestido. Para el Señor, se trata de un vestido de bodas, pero para el enemigo, es el vestido que lleva puesto el ejército. Este vestido nos embellece, y a la vez, nos hace aptos para combatir en la lucha espiritual en los lugares celestiales. Nuestra lucha consiste simplemente en estar firmes en los lugares celestiales.

**Al orar en el espíritu,  
nos revestimos del Cristo que es toda la armadura de Dios,  
y nuestro combate espiritual  
se convierte en nuestro disfrute de Cristo  
a medida que Él prepara mesa delante de nosotros  
en presencia de nuestros adversarios  
para que celebremos banquete ingiriéndolo a Él y Sus riquezas**

Al orar en el espíritu, nos revestimos del Cristo que es toda la armadura de Dios, y nuestro combate espiritual se convierte en nuestro

disfrute de Cristo a medida que Él prepara mesa delante de nosotros en presencia de nuestros adversarios para que celebremos banquete ingiriéndolo a Él y Sus riquezas (6:10-11, 18; Sal. 23:5).

**Cuando ejercitamos nuestro espíritu  
para orar con respecto a la palabra de Dios y con ella,  
Su palabra aniquila al adversario que está en nuestro ser,  
matando todo elemento negativo en nuestro interior,  
tal como el odio, los celos, el orgullo y las dudas;  
a medida que oremos-leamos la palabra,  
con el tiempo el yo, el peor enemigo de todos  
así como el enemigo del Cuerpo, será puesto a muerte,  
y Cristo será victorioso en todo nuestro ser  
en Su victoria en el Cuerpo**

Cuando ejercitamos nuestro espíritu para orar con respecto a la palabra de Dios y con ella, Su palabra aniquila al adversario que está en nuestro ser, matando todo elemento negativo en nuestro interior, tal como el odio, los celos, el orgullo y las dudas; a medida que oremos-leamos la palabra, con el tiempo el yo, el peor enemigo de todos así como el enemigo del Cuerpo, será puesto a muerte, y Cristo será victorioso en todo nuestro ser en Su victoria en el Cuerpo (Ef. 6:17-18). No usamos la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, para derrotar a los hermanos al argumentar, sino para aniquilar a nuestro yo y a todo elemento negativo en nuestro interior. A medida que esta batalla es ganada dentro de nosotros, la batalla es ganada en el universo, y el Cuerpo es edificado.

**ACUDIMOS AL SEÑOR DEPENDIENDO DE SU MISERICORDIA  
PARA SIEMPRE ATENDER  
A NUESTRO ESPÍRITU MEZCLADO Y AL CUERPO;  
PERMANECER EN NUESTRO ESPÍRITU  
Y EN LA UNIDAD ÚNICA DEL CUERPO  
ES SER GUARDADOS EN EL RECOBRO DEL SEÑOR**

Acudimos al Señor dependiendo de Su misericordia para siempre atender a nuestro espíritu mezclado y al Cuerpo; permanecer en nuestro espíritu y en la unidad única del Cuerpo es ser guardados en el recobro del Señor (Jn. 4:24; Ef. 4:3-4a).—A. Y.

## ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL CUERPO DE CRISTO

### **La unidad única y la comunión única del Cuerpo de Cristo (Mensaje 8)**

Lectura bíblica: Ef. 4:1-6; Jn. 17:6, 11, 14-23; Hch. 2:42; 1 Jn. 1:3; 1 Co. 10:16-17

- I. El Cuerpo de Cristo es único y singular universalmente—Ef. 4:4-6:
  - A. El Cuerpo de Cristo, como entidad orgánica, no está dividido ni puede ser dividido, al igual que Cristo—1 Co. 1:13a.
  - B. La unidad del Cuerpo de Cristo se basa en la vida divina e increada; por tanto, dicha unidad es divinamente orgánica y está llena de vida—Jn. 17:3; 1:4; 1 Jn. 5:11-12.
  - C. La unidad única del Cuerpo de Cristo es “la unidad del Espíritu”—Ef. 4:3:
    1. El Espíritu es la esencia del Cuerpo de Cristo; por consiguiente, el Espíritu es la realidad de la unidad del Cuerpo de Cristo—1 Jn. 5:6; Jn. 16:13.
    2. Esta unidad consiste en la mezcla del Dios Triuno procesado y todos los creyentes en Cristo—17:6, 11, 14-23.
    3. Esta unidad fue impartida en el espíritu de los que han creído en Cristo, en el momento en que el Espíritu de vida efectuó la regeneración de ellos con Cristo como vida—3:5-6; Ro. 8:2.
    4. Debemos guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz mediante las virtudes humanas transformadas—Ef. 4:1-3.
    5. El terreno de una iglesia local es la unidad única del Cuerpo de Cristo, esto es, la unidad del Espíritu—v. 3.
    6. Todas las iglesias locales deben ser guardadas en la unidad única del Cuerpo de Cristo—Ap. 1:11.
  - D. La unidad del Cuerpo de Cristo es, de hecho, el propio Dios viviente, orgánico y triuno—Ef. 4:4-6:
    1. El resultado del único Dios y Padre, del único Señor y del